
CAPITULO IX

LAS CONSECUENCIAS LEGÍTIMAS DE AMBOS PARTIDOS.

I

MUCHOS escritores remueven aún los recuerdos pasados, y, según sus personales simpatías, deducen las consecuencias más extravagantes de aquella época aciaga de nuestra historia. Colocados en cualquiera de los puntos de observación, se inclinan siempre al lado que más les conviene.

Que opinen ó dejen de opinar; que sus afirmaciones favorezcan á unos ó á otros, esta es una ley ineludible en el campo histórico. En verdad que, en cuestiones de esta índole, todos tienen derechos innegables para constituirse en defensores de los suyos. Lo que sí á nadie le está permitido, es falsear los hechos, torcer los puntos y mentir descaradamente, desfigurando las cosas.

Unos hablan con sinceridad, lanzan cargos con convicción plena de lo que dicen; pero, desgraciadamente, sin estar en posesión de datos precisos: son

periodistas de ocasión, que escriben lo que el jefe les indica. O bien beben en fuentes de sus favoritos, quienes —quieran ó no— han procurado salvar los intereses de su partido, ocultando sus propios deslices. Estos no podrán, desde luego, servir de guía á la opinión, ni satisfacen la curiosidad pública, porque sus ideas están impregnadas de adulteración.

Otros se proponen, de primera tentativa, cambiar de faz las cosas. Pretenden describir hechos que no han podido verificarse; pintan lo blanco como negro, y viceversa; entran al campo ya con miras de engañar á sus interlocutores y hacerlos comulgar con ruedas de molino. Tampoco éstos pueden guiar un criterio severo y recto, porque carecen de la verdad histórica; discuten para embrollar, no para convencer; hablan por la paga, no por un fin noble y sincero; defienden personalidades, no doctrinas, porque éstas no dan de comer. Esta agrupación de ofensivos ciudadanos la constituyen los pansistas, cuyos actos jamás son justificados, por ir al sol que más calienta.

Y tanto éstos como aquéllos, no son capaces de historiar ni de comentar hechos históricos, dados los medios disolventes de que disponen y los fines divergentes que los guían. Sólo un punto común tienen, y es la ignorancia que los caracteriza.

Que entre las personas cultas é ilustradas haya diversidad de opiniones, ello es natural, porque las cosas históricas están más afectadas que ningunas otras de la continua lucha intelectual en este sentido. Los puntos se suelen tomar de los manuscritos de testigos presenciales, y éstos pertenecieron á uno ó á otro bando, pues á la campaña unos y otros lle-

van sus cronistas, quienes se inspiran en las ideas de sus jefes. No habían los comandantes de los cuerpos, de rendir partes minuciosos de una derrota, debida á su falta de tino; si llegan á consignar un fracaso, procuran dulcificar sus términos. Por lo contrario, en los triunfos se expiden mensajes detallados, exagerando los movimientos de la tropa y las maniobras científicas del ejército triunfador.

En esta disyuntiva, no queda más recurso que juntar los documentos de una y otra facción, y hacer deducciones lógicas. También en este caso saldrá deficiente la historia, porque ninguno de los jefes conservará los partes bochornosos para su gloria militar. Si alguno de los militares en campaña se procede con exactitud, los directores de la acción se apoderan de las crónicas y las reducen á cenizas, quitando de enmedio algo que pueda manchar la reputación y producir la muerte civil de los combatientes.

Además, que los historiadores del día poco se preocupan por estas pequeñeces; escriben porque el pan obliga, y el que más adula, es el que mejor come.

Infiérese de lo antes dicho, que, sobre la verdadera lucha entre liberales y conservadores, hay pocas noticias precisas. Es cierto que aun viven generales ameritados de ambos combatientes, pero sería muy difícil arrancarles las notas que pudiesen eclipsar sus victorias militares. En tratando de las grandes acciones, no habría dificultad en conseguir datos; pero por lo que se refiere á tropelías, actos salvajes, derrotas, morirán con ello, y nadie obtendrá el secreto. Lo que hace casi imposible justificar los

terribles cargos que unos y otros se hacen, máxime cuando el Partido Conservador no se atreve ni á resollar, por hoy.

Sólo sí queda en pie que el Partido Liberal venció, porque su victoria está á la vista, y sus jefes absorben el poder. Se les habrán negado aptitudes; pero ahora no hay quien ponga en tela de juicio su completo triunfo, después de más de treinta años de absoluto dominio de los destinos nacionales. ¿Fué suerte ó el valor la nueva posesión adquirida? Quédeles á los conservadores el derecho de deducir la consecuencia, y es seguro que aun pretendan achacarlo á la fortuna del medio. Para algunos hombres, las cosas pasan como los enfermos en manos de los médicos: si se alivia el paciente, el santo obró el milagro, y si pasa á más descansada vida, el médico lo mató. Y con sabios que así discurren, no hay hechos culminantes posibles, ni alturas fáciles de alcanzar.

Ni más ni menos sucede en el campo conservador: triunfaron los liberales, pero débenlo á los azares de la suerte, á los asesinatos que cometieron, á los múltiples despojos, asaltos, robos, y otros más delitos que les arriman; como si los que asesinan, despojan, asaltan y roban están siempre seguros de la victoria; como si todas las tropelías imaginables son virtudes que fortalecen; como si los crímenes hacen invulnerables á los hombres, y los atropellos son talismanes para los grandes hechos militares. Sin embargo, así los juzga el Partido Conservador, sin comprender que, discurrendo así, están minando la verdad fundamental que sirve de base al orden religioso; sin tener presente la contradicción en que incurren

respecto de la doctrina con la práctica; sin ver ni vislumbrar que con esto aceptan lo que rechazan: el castigo eterno para las malas acciones; y rechazan lo que aceptan: el premio y galardón para los actos buenos. Y ¡he aquí cómo piensan los que, por la costumbre de negarle todo al enemigo, caen en el ridículo más grosero y las contradicciones más flagrantes! Tal ha sido el procedimiento de quienes, queriendo conservar el orden, son sus peores transgresores; de los que, aspirando á la conservación de la verdad, son sus mayores falsarios; en una palabra, de los que fingen predicar los fueros de la justicia, y son los hipócritas del orden moral.

No pudieron triunfar, sea por la falta de medios, sea porque el hado les fué fatal; y, consumados los hechos, la resignación era lo más aceptable. ¡Quiá! La resignación es para predicada: principios y doctrinas, sobran; lo que ha de faltar siempre es la aplicación, el ejemplo. ¡Bárbaro escarnio del destino humano! Cristo más hizo que predicó, porque sus hechos fueron la doctrina que hizo caer á sus pies á los propios enemigos, á aquella turba que pedía la muerte del Justo.

Ahora ya no hay remedio: el Partido Liberal consumó su obra. Y el Partido Conservador, ¿estará conforme?

II

Nadie puede negar tampoco que, en medio de aquel mar de pasiones, surgieran espíritus extremosos, que, orgullosos del triunfo, llevaron sus iras hasta

el colmo de la desolación. Por todas partes sembraron el luto y la orfandad. ¿A qué partido pertenecían? ¿Al Partido Liberal? ¿Necesitaba éste de los actos de barbarie para obtener el triunfo? ¿Era lujo de crueldades lo que hacía?

Si es cierto, como dije antes, que en la guerra se hace todo, también lo es que todo atentado está considerado como propio de bárbaros. Desalojar las casas, para ocuparlas y saquearlas; matar á sus habitantes, estos son actos de lesa humanidad, y en cualquier tiempo son condenables; robar y asesinar, á nadie le está permitido, porque son delitos punibles.

Ahora bien, ¿quiénes—vuelvo á repetir—cometieron tanta tropelía? Los liberales peleaban por una causa justa: la libertad de la patria, y esta causa perdía terreno á los ojos de la civilización con procedimientos de gente salvaje, que llevaba á todos los hogares pacíficos el terror y el odio. La justicia que los asistía podía perder y de hecho pierde. Por consiguiente, no era fácil que á ciencia y paciencia de las personas bien intencionadas se cometieran verdaderos delitos, porque el saqueo no es otra cosa.

Esto por una parte. Por la otra, la destrucción, sin fines útiles, es ilegítima, y redundante en perjuicio del edificio que se disputa. No es posible concebir, pues, que los jefes liberales de entonces, tolerasen aquella devastación terrible, aquella carnicería horrorosa, aquellos asaltos á sangre fría y los innumerables tropellos de la milicia subordinada. Ellos perseguían nobles ideales; querían los derechos del pueblo, la libertad de él, y estos fines no se podrían conseguir

cuando, precisamente, se atentaba contra ellos: sería una paradoja, una burla sangrienta, si, para construir algo bello, se empieza por negar los principios de la estética, base de la belleza.

Y, á pesar de todo, la obra de muchos de aquellos revolucionarios (sin incurrir en contradicción) fué destructiva. Para el objeto y la verdad de esto, no importan los fines: con el régimen y el sistema de gobierno, destruyeron muchas cosas útiles también.

Pero consta que los destructores no fueron meramente liberales, sino los extremosos, ó, en otros términos, los jacobinos. Y he aquí surgir una nueva facción de ciudadanos en la lucha: LOS JACOBINOS. ¿Quiénes fueron los jacobinos? Una rama de los liberales que llevaron las cosas al grado superlativo; los verdaderos imitadores de los revolucionarios franceses del 93. Ellos, en frente de los conservadores fanáticos, intolerantes, aprendieron á destruirlo todo, á pesar de toda oposición.

¿Por qué surgió en México esta rama? No hay que ir lejos por la respuesta: ellos son el producto de la intransigencia conservadora; su existencia se la deben á los extremosos del Partido Conservador. Implacable éste en sus debatidos derechos, dió origen, con sus excesos, á la aparición de los nuevos fanáticos. Los conservadores alegaban sujeción absoluta al imperio y al clero, los jacobinos, creyéndose ultrajados con aquellas tendencias, proclamaron la separación del pueblo de toda idea religiosa. En vano los ánimos conciliadores procuraban un avenimiento y enfrenar los ímpetus de los exaltados, porque éstos no cedían un ápice en sus pretensiones.

En estos intentos fueron ayudados por los demás del partido, quienes, aunque no pedían tanto, hubieron de decidirse por los derechos expuestos á última hora.

La conformidad se dilataba, por más que las diligencias iban en auge; porque los jacobinos jugaban el todo por el todo: ó libertad completa para el pueblo, ó nada. Tal era el grito y tales eran los deseos.

La imposibilidad de la defensa, estuvo á punto de obligar á los conservadores á la capitulación, y lo hubieran hecho, si algún subterfugio los hubiese favorecido aunque sea en una pequeña parte. Pero toda esperanza, en este sentido, podía considerarse como perdida: el Partido Liberal, y más los jacobinos, querían una derrota franca y declarada, á la que no se resolvía el Partido Conservador. Atrincherado éste por todas partes, buscaba una salvadora salida, que nunca llegó á presentársele. Sus intereses, más que el honor y el decoro, lo ponían en una terrible disyuntiva

Entretanto, el pueblo sufría las miserias de su destino, inherentes á toda clase de luchas, causadas por unos y otros. Los habitantes estaban desesperados y deseaban una terminación pronta de las hostilidades, ya sea que triunfaran los conservadores, ya sean los liberales los victoriosos.

Después de tanta sangre vertida en los campos de batalla, cesó la lucha, y los liberales entraron victoriosos á la capital.

III

Con el triunfo obtenido por las armas liberales, los jacobinos llegaron al colmo en punto de represalias: impusieron sus leyes al vencido. ¿Hicieron bien en ello? Este es un punto delicado para que lo resuelva un católico-clerical; pero lo resolverá el filósofo, lo pondrá en claro el historiador, que ni uno ni otro tendrán coacciones posibles: los hechos son hechos, y las verdades, aunque amargas, son también verdades.

Registrad la historia con ojo sereno y ánimo tranquilo, y veréis palpablemente que, en todos los tiempos, en todas las edades, el vencedor ha impuesto sus leyes al vencido. Los griegos hacían sus tributarios á los países que derrotaban. Los persas y cartagineses hacían otro tanto. ¿Y qué me diréis de Roma? No hubo nación alguna que no obedeciera sus disposiciones y acatará sus órdenes, después de una victoria decisiva. Hacía más: á la vil condición de esclava reducía á la nación conquistada por medio de sus armas. De este modo, llegó á dominar toda la extensión del mundo y el cetro de los Césares imponía leyes y obediencia á millones de súbditos en la redondez del globo.

Y todo esto, ¿por qué? Porque el vencedor siempre ha sido dueño absoluto del vencido: reducido á sus dominios, conquistado éste por sus armas, aquel tenía derecho de imponérsele. De ahí provenía que los países derrotados por las bayonetas romanas se (2)

sometían á las leyes, costumbres, idioma, usos y religión del pueblo romano. Y esta imposición de poderío, hija de la superioridad y de la fuerza, fué ley común y vigente en todos los tiempos, sólo que ha cambiado de forma á través de los años.

Obedeciendo al mismo principio, entraron los moros en España y los españoles en América. En uno y otro lado sobrevivió la raza conquistadora á la conquistada, en España setecientos años y en América trescientos: los moros dejaron implantadas sus costumbres y usos, y los españoles lo mismo.

Jamás han condenado los pósteros aquella conducta, ni tenídola por irracional: cuando no están conformes con ella, la rechazan y proclaman su independencia. Tal pasó en España en tiempos de Pelayo, y en México, en los de Hidalgo.

Así es que los liberales, después de echar abajo al Partido Conservador, hicieron, aunque más benignos, lo que todas las naciones civilizadas hacen: impusieron sus leyes al vencido.

De estas leyes surgió la Reforma.

Dígase lo que se quiera, la Constitución y la Reforma se impusieron, porque fueron hijas de una lucha larga, terrible, sangrienta.

Los conservadores hubieran hecho lo idéntico, si hubiesen triunfado; y es seguro que entonces estarían satisfechos de su obra, y aun muy fácil fuera una matanza horrorosa en las personas de los vencidos; cuando menos, los tribunales de la inquisición se hubieran encargado de ello.

Algo había de hacer el vencedor; de lo contrario, se expondría á ser destronado en breve. La guerra

se hace con dinero; dejadle ese poderoso elemento al enemigo, y volverá á agitarse y á moverse.

En los campos de guerra los rehenes son permitidos, y susceptibles de ellos son todos los bienes del adversario.

¿Por qué, pues, los liberales no habían de hacer lo que es justo en otras partes?

IV

Las Leyes de Reforma fueron dictadas para evitar nuevo levantamiento del Partido Conservador; que, mañana ó pasado, no se le volviera á antojar traer otro emperador extranjero. Declarados bienes nacionales los del clero, exclaustrados los monjes, y denunciadas todas las propiedades inmuebles pertenecientes á las comunidades religiosas, no fué un paso del aplauso general, pero sí una medida sabia y preventiva, que impedían que los tales elementos pudiesen ser empleados en contra de la integridad nacional en épocas futuras. Esta táctica arrancó de raíz el mal, porque puso al principal elemento conservador en la imposibilidad de fomentar nuevas tentativas de represalias.

Al principio fué un escándalo para el país tal proceder, pero después se ha venido á convencerse de la utilidad práctica de él. Los frailes en comunidades religiosas, encerrados en los claustros, era difícil que permanecieran neutrales; tenían que apoyar á su gente: lo más probable era que, en vez de elevar á Dios el alma y rezar por los pecadores, se ocu-

paran en asuntos políticos; y, en este caso, pueden promover conspiraciones contra el poder constituido, acostumbrados, como lo estaban, á ser los dueños absolutos del país. La influencia de muchos constituidos en asamblea, es poderosa y capaz de levantar grandes revoluciones, como que éstas en los países cristianos siempre han tenido origen en los conventos.

En vista de esto, los constituyentes opinaron porque se clausuraran los conventos y se secularizaran sus miembros. Así lo consignaron en la ley fundamental de la república, para poner á salvo las instituciones democráticas.

El absolutismo de la ley, podía abarcar á seres inofensivos, incapaces de hechos delictuosos; pero tampoco las leyes pueden hacer excepciones.

Las riquezas del clero fueron un motivo para la importación del emperador extranjero; que, sin ellas, aquel no podía disponer de elementos de guerra. Con esas riquezas sostuvo la lucha el Partido Conservador; luego, quitándoselas, se le desarma, se le reduce á la impotencia, y esto era, precisamente, lo que se quería.

Más que todo, este desarme general de las riquezas fué el que produjo el mayor golpe y más duro en el Partido Conservador, porque de allí vivían muchos aduladores y holgazanes. «Este es un robo, se dijo; un crimen contra la propiedad.»

Efectivamente, lo hubiera sido, si aquellas riquezas no hubiesen producido tantos males y fomentado tantas guerras entre hermanos, regando la patria con sangre de sus propios hijos; si no hubieran servido

para reducir al pueblo al servilismo; si no hubieran provenido del mismo pueblo á donde volvían; si con ellas se hubiera hecho beneficios, ilustrando á los ciudadanos; si, en vez de estar en manos muertas, estuvieren en movimiento; en fin, si algún provecho hubiera tenido el personal de la república. Pero tener los millones estancados, los bienes sin producciones, los edificios para madriguera de gente que instinga, y atreverse á llamar ladrón á quien, como rehenes, se apodera de ellos, es una contumelia audaz nunca vista. ¿Cuándo roba el que evita un mal? La desamortización, á mi parecer, no tenía otro objeto.

Convengo también en que muchos desvergonzados hicieron mal uso de la ley y cometieron verdaderos atentados contra la propiedad. En este caso, el defecto no está en la ley, sino en su aplicación. Pues los jacobinos se apoderaron de templos, atrios, sacristías y casas curales, exceptuados por la ley, porque estaban fuera de ella. Sin embargo, de despojos semejantes, todavía se ven ejemplos.

Las Leyes de Reforma, si no son del todo buenas, tienen mucho bueno: el rigor de ellas cae sobre las congregaciones, que consideró como estorbo para la perfección de la república y el progreso de ella. Desde que ellas empezaron á regir, tiene mayores prerrogativas el elemento católico: la fe se fomenta y crece en los pechos cristianos, cuando no están éstos apegados á los bienes de la tierra. Ignoro si esta verdad teológica la tuvieron presente los constituyentes; si no, creo que han procedido como verdaderos apóstoles del cristianismo.

Las riquezas, pues, estorban al espíritu religioso, máxime si los religiosos han renunciado por medio del voto á ellas. ¿Por qué cuidan tanto de las cosas de este mundo los que tienen que vivir fuera y separados de él? Al cielo se entra sin maletas ni equipo, dijo un gran apologista católico; y estos reverendos, después de hacerles un servicio espiritual, se molestan. O andan equivocados de vocación, ó yo cometo un error en mis aseveraciones. Para lo primero, me basta decir que, si no se hubiesen mezclado en política, nadie los hubiera molestado. Para lo segundo, dejo probado que no incurro en equivocaciones.

De todos modos, las consecuencias de la lucha de partidos están bien claras: el nacimiento de los jacobinos y las Leyes de Reforma. Unos y otras se deben al Partido Conservador.

CAPITULO X

LA APARICIÓN DE UN HÉROE, ÉMULO DE GRIEGOS Y ROMANOS.

I

ESCRITO está en los anales de la historia de México, que los más grandes libertadores, los más conspicuos guerreros y los estadistas más prominentes habían de salir de la generación formada por los mismos conservadores. ¿Era una verdad la sentencia? Podría ser errónea en cualquiera otra circunstancia y con referencia á otros países del viejo mundo; pero entre nosotros—y en todo el continente americano—ha sido de verdad profética. ¿Obedecía esto á algún origen extraordinario?

Si no conociéramos de antemano á los conservadores, diríamos que han proporcionado los hombres para la libertad del pueblo, porque de sus aulas han salido para la pelea; tendríamos que agradecerles algo bueno: el gran contingente que han puesto para fomentar vocaciones en los valientes soldados que ha tenido la patria. Pero el agradecimiento desapa-